

Capítulo 748: Un Carro de Bienvenida Griego

El Olimpo es relativamente pacífico.

Aparte de los monstruos fraternales que vienen a destruir el lugar cada cien años, más o menos, y de los actos desenfrenados de acoso y agresión sexual, era un sitio bastante agradable para estar.

Una montaña solitaria se alza muy por encima de un mar fantástico de nubes algodonosas.

Tallada permanentemente en su ladera hay una ciudad hecha de mármol blanco y habitada por micénicos: una raza de humanos desaparecidos que preceden a los griegos modernos.

Visten togas blancas, y las mujeres y los niños pequeños llevan flores en el cabello.

Los micénicos construyen sus hogares y mercados bajo los grandes escalones blancos, que conducen a la verdadera morada de las deidades titánicas: el auténtico Monte Olimpo, que se asienta en la cima de la montaña.

Sin embargo, es muy común encontrar a los hijos de los titanes en la ciudad de abajo.

A veces causan terror y cometen actos de desenfreno, pero en su mayoría solo beben y tienen sexo.

Fuera de eso, el lugar es relativamente tranquilo y—

«¡¡ES UN PUTO MONSTRUO!!»

«¡¡CORRE, PERRA!!, ¡¡CORREEE!!»

«¡¡PROTEGED A LOS NIÑOS!!»

«¡¡DIOS MÍO!!, ¿¡¡QUÉ COÑO HAN HECHO AHORA ESTOS DIOSES!!?»

Una gran bestia gris provocó un pánico desenfrenado, cuando de repente cayó del cielo en medio del mercado.

La criatura tenía un aspecto tan feroz que nadie pareció notar que no era abiertamente hostil, y que parecía más curiosa que otra cosa.

No pasó ni un minuto antes de que todo el bazar quedara vacío.



Mientras los humanos huían, como ratas sorprendidas por la luz, algunos dioses empezaron a aparecer en la escena.

El principal entre ellos era Dionisio, que hasta hacía un momento estaba ocupado recibiendo una felación de... bueno, en realidad no estaba seguro. Solo sabía que alguien estaba ahí abajo.

Aun así, fue una forma brusca y decepcionante de terminar un encuentro que estaba siendo placentero. No quería recuperar la sobriedad tan rápido.

Al ver a la gran criatura gris olfateando el suelo agrietado, casi dio media vuelta y salió corriendo con los demás.

Y muy probablemente lo habría hecho, de no haberse estrellado de lleno contra un muro de hierro.

«¿A dónde crees que vas, cobarde asqueroso ...?»

Dionisio tragó saliva. «A-A ningún lado, abuelo.»

Kronos negó con la cabeza, asqueado, mientras apartaba de un empujón al borracho de piel aceitunada.

Él y otros cuatro bajaron las escaleras con miradas estrechas y un aire tenso a su alrededor.

Sus ojos estaban fijos en el palanquín, sobre la bestia, y en las horribles auras que podían sentir emanando de él.

«Increíble... ¿Por qué demonios está aquí...?»

La última vez que había comprobado, los dioses griegos no habían hecho nada que justificara una visita de este hombre.

De hecho, él los mantenía con una correa bastante corta, para asegurarse de que no hicieran nada que mereciera una visita suya.

Si llegaba a descubrir que sus numerosas advertencias estaban siendo ignoradas, entonces la muerte sería la menor de sus preocupaciones.

De pronto, las cortinas del palanquín se abrieron y una hermosa mujer apareció a la vista.

Para evitar un incidente, todos apartaron la mirada. La mujer era tan hermosa como su marido, y el estaba tan loco como ella.

Era una visión que desafiaba la imaginación. Su cuerpo era radiante, bello y femenino. Su suave piel color mocha estaba adornada con audaces tatuajes negros, que la transformaban en una obra de arte, aún más célebre de lo que ya era.



Aunque para la mayoría era una tradición extraña, para las mujeres del abismo era costumbre rapar patrones en el cabello justo encima de la nuca. En el suyo se podía ver representado, de forma nada sutil, un dragón de diez cabezas.

Su figura curvilínea estaba oculta a los ojos mortales y divinos, por un vestido negro suelto y sandalias.

Antes de apartar la vista, algunos dioses notaron que estaba embarazada, y la gestación estaba bastante avanzada.

Como si este día no pudiera empeorar...

Nadie necesitaba, ni quería que surgiera otro monstruo abrumadoramente nefasto de esa línea familiar...

Ella se hizo a un lado y otro hombre emergió detrás de ella, este significativamente más grande e intimidante.

Como antes, las diosas apartaron la mirada, para evitar que surgiera un problema potencial. Él era así de hermoso, y ella estaba así de loca.

El hombre iba vestido con una túnica negra, que colgaba de sus hombros como un fino manto hecho de los materiales más inalcanzables. Una falda ceremonial, con un patrón demoníaco tejido en el centro adornaba su parte inferior, mientras que sus pies permanecían completamente descalzos.

Alzó a su reina en brazos, como a una princesa, y juntos descendieron hasta el suelo.

Mientras bajaban, su montura también se encogió hasta quedar del tamaño de un caballo grande. El palanquín que llevaba en la espalda se transformó en un collar.

Ella trotó feliz hacia el lado de sus amos cuando aterrizaron, y ambos se aseguraron de darle las obligadas caricias en la cabeza que se había ganado.

Kronos se acercó para preguntar por la razón de su presencia, pero alguien mucho más entusiasta que él llegó primero.

«¡¡HERMANOOOO!! ¡¡HERMANAS!!»

Un meteorito musculoso cayó del cielo y se estrelló contra el suelo, como una calamidad digna de noticia.

Cuando el polvo y los escombros se disiparon, Abaddon y Ayaana sonrieron amistosamente al más reciente visitante griego.

«Hola, Ares. Hoy pareces particularmente enérgico.» sonrió Ayaana.





«¿Y cómo no iba a estarlo, si por fin os habéis dignado a salir de vuestro agujero, después de todos estos siglos? Te ves un poco viejo y canoso después de todo este tiempo, ¿eh?» Le dio un codazo a Abaddon.

«...» Los ojos de Abaddon se entrecerraron, mientras su cabello se volvía rojo sangre y su barba incipiente desaparecía.

«No tengo ni idea de qué estás hablando.»

«¡Ja! ¡Todavía con miedo de mostrar tu edad, después de todos estos años!» Ares echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada, mientras Ayaana se limitaba a reírse por lo bajo.

Ahora que todos podían ver que Abaddon no estaba necesariamente allí para arrasarlo con el lugar, el ambiente se volvió notablemente menos tenso.

Dionisio, en particular, se iluminó como un árbol de Navidad y se acercó tambaleándose a Abaddon y Ayaana, como ese tío borracho del que todos se avergüenzan habitualmente.

«¡Eh, eh, eh! ¡Aquí están mis colegas, sabéis que no os veía desde—! ¡Ack!!»

Ayaana le metió los dedos en ambos ojos al dios del vino y este cayó como un castillo de naipes.

«¡Eres un ingrato repugnante! ... ¿No te dijimos que no volvieras a aparecer delante de nosotros?» siseó.

«¡D-Dioses, dije que lo sentía! ¡Es indecoroso guardar rencores de esta manera! ¡La vida es demasiado corta, ¿sabéis?!»

Todos: «Somos inmortales.»

«¿¡Y qué?!» gritó Dionisio a la multitud. «¿Eso significa que no podemos perdonar y olvidar?»

La verdad es que Abaddon y Ayaana no siempre habían sido tan hostiles con el dios griego del vino.

Hace unos cientos de años, les entraron ganas de visitar a Deméter y Perséfone, mientras estaban en el reino. Juntos, los cuatro hicieron un pequeño picnic.

Casualmente, se encontraron con Ares y Afrodita que, también casualmente, estaban en pleno proceso de matar a Dionisio y crear una nueva leyenda. ¿La razón? Quién sabe...

Sin embargo, todo se detuvo en seco en cuanto notaron la presencia de Abaddon y Ayaana en el reino. Los tres quedaron prácticamente cegados.



Ares quedó inmediatamente fascinado. El dios de la guerra sentía que había caído en un bache, sin idea de cómo podía seguir creciendo.

Los dioses de la guerra suelen ser seres que funcionan mejor cuando tienen rivales adecuados contra los que medirse.

Las luchas amargas son lo que les ayuda a alcanzar nuevos niveles de comprensión sobre sí mismos y sobre el mundo que los rodea.

Conocer a Abaddon y Ayaana fue de lo mejor que le pudo pasar; le dio no una, sino dos nuevas montañas que escalar en el mismo día.

Dionisio también quedó impactado por su belleza, pero en lo que a él respectaba, eso era totalmente irrelevante, comparado con el vino que estaban bebiendo.

Era indescriptiblemente único.

El sabor era perfección divina, pero era el contenido alcohólico mágico lo que constituía la verdadera obra de arte. Al beberlo, uno podía quedarse con un leve cosquilleo o acabar completamente hecho polvo. Todo dependía de los deseos internos de quien lo bebiera.

Dionisio no era precisamente conocido por disfrutar las cosas con moderación.

Se emborrachó de manera horriblemente y completa, y terminó vomitando sobre los tacones de Ayaana.

¿Fue gracioso? Por supuesto que sí.

Solo que no para la pareja.

La única razón por la que Dionisio seguía respirando era porque Abaddon consideraba que arrancarle el corazón a un borracho era una forma de acoso, y él no era un abusón.

Así que solo le rompió la nariz al dios del vino y se marchó. Ayaana también lo maldijo, para que cada copa de vino que sirviera se convirtiera en orina.

A las chicas les gustaban mucho esos tacones.

Aparte de eso, los efectos persistentes del vino no desaparecieron, y Dionisio estuvo borracho durante los siguientes cien años por culpa de ello.

Cuando por fin consiguió despejarse, inmediatamente intentó volver a beber, con resultados pobres y a veces asquerosos.

Pero más que nada, no podía olvidar el sabor ni la deliciosa embriaguez que había experimentado aquel día fatídico.





Intentó contactar con Abaddon y Ayaana en numerosas ocasiones, para hablar con ellos, pero llegar al abismo es difícil, si no tienes a alguien de allí que te lleve. Comunicarse con alguien dentro es aún más complicado, sin el conocimiento adecuado.

Ahora que tenía la oportunidad justo delante de él, no la desperdiciaría y usaría este momento para soltar la disculpa largamente esperada.

«Mirad, chicos, yo—»

«Muévete.»

Kronos empujó bruscamente a Dionisio al suelo, antes de que pudiera avergonzarse más.

Abaddon y Ayaana también eran titanes. No quedaban empequeñecidos en tamaño por Kronos en lo más mínimo.

Pero eso no les impidió plantarse frente a él, como si fueran de algún modo más pequeños.

«¿Por qué habéis—?»

¡Crack!

Una casa cercana se vino abajo de repente, y una voz familiar e inquietante habló desde dentro del polvo.

«Oh, vaya. Qué incómodo... De verdad había olvidado lo frágil que podía ser este lugar.»

